



Reflexiones finales: Algunas claves para entender el subdesarrollo persistente argentino

AGUSTÍN SALVIA¹

“Lo que se ve y lo que no se ve forman una unidad que debe ser
explicada como tal.”
Sergio Bagú

1. Sobre la pregunta de investigación: ¿Una vez más desarrollo del subdesarrollo?

La evidencia empírica reunida a lo largo de los trabajos que se presentan en este Libro confirma para el período denominado de posconvertibilidad la vigencia en la Argentina de un proceso con mejoras efectivas en términos de crecimiento, demanda de empleo, remuneraciones laborales, distribución del ingreso, movilidad social, entre otros indicadores de bienestar, con respecto al colapso 2001-2002, o, incluso, con respecto a la fase recesiva final del modelo de convertibilidad. Sin embargo, la evidencia también da cuenta de que este balance positivo es menos generalizable cuando se comparara con los mejores momentos del régimen de liberalización económica con estabilidad monetaria, o, incluso, de escasa comprobación con respecto al inicio mismo de la década de los noventa, es decir, al período inmediatamente previo a la radicalización de las reformas neoliberales.

1. Investigador del CONICET. Director del Programa Cambio Estructural y Desigualdad Social del Instituto de Investigaciones Gino Germani (Facultad de Ciencias Sociales-UBA) y Coordinador e Investigador Jefe del Observatorio de la Deuda Social Argentina de la Universidad Católica Argentina. E-mail: agsalvia@retina.ar.

Pero los diferentes posibles balances que ofrece la historia económica y social reciente de nuestro país, dependiendo del momento de comparación, se disuelven cuando el análisis se vuelca sobre los comportamientos más estructurales del sistema productivo, el mercado de trabajo y la estructura social. En tal sentido, la principal preocupación de los trabajos que reúne este Libro no fue describir la evolución de los indicadores tradicionales de bienestar sino hacer una evaluación analítica de las estructuras, los procesos y los mecanismos socioeconómicos subyacentes a dichos resultados. En el marco de este escenario, la evidencia mostró ser robusta en cuanto a dar cuenta que el alto crecimiento y el mayor bienestar relativo logrados durante la última década de fuerte intervención estatal, no tuvieron como substrato –ni dieron como resultado– un cambio significativo en materia de integración productiva ni de los mercados laborales ni a nivel de la estructura social. Es decir, una vez más, a pesar de los positivos indicadores de bonanza, el sistema socioeconómico no habría convergido hacia el desarrollo.

Llegado a este punto, se hace necesario señalar que las investigaciones en que se basan estos resultados comparten como marco teórico la tesis de que el desarrollo de un sistema social requiere como condición una reducción estructural de las brechas de productividad y de la desigualdad social. Algo que se sabe no depende sólo ni fundamentalmente del crecimiento económico ni de la extensión de las políticas sociales de transferencia de ingresos, sino del modo virtuoso en que un régimen de acumulación logra alinear a los diferentes sectores sociales detrás de un proceso de integración económica, productividad creciente, utilización plena de la fuerza de trabajo, mejores remuneraciones, mayor inversión social y servicios públicos de calidad.

A partir de este esquema analítico, el conjunto de los textos aquí reunidos buscan trascender los aspectos coyunturales pero sin omitir el análisis detallado de los procesos político-económicos que describen la realidad actual. Vale destacar, también, que en este conjunto de capítulos si bien se aborda el cambiante escenario de las políticas económicas, no se centra en ellas. Partiendo de este enfoque, la evidencia empírica termina arrojando una conclusión de sobrada relevancia y no menos polémica: bajo las actuales condiciones de acumulación, relaciones laborales, oportunidades de empleo y distribución social de excedentes, el desarrollo socioeconómico dista de ser no sólo un presente real sino también un horizonte posible.

Es aquí donde el conjunto de los trabajos parecen coincidir en una interrogación crítica más general: ¿cómo se explica que, en un contexto

nacional como el de las últimas décadas, con altas tasas de crecimiento, inversión y concentración económica, tanto las políticas inspiradas en la “mano invisible” de los mercados como las que ponderan a la “fuerza reguladora” del Estado, no lograran una reducción estructural de las desigualdades regionales, productivas, sectoriales, laborales y distributivas que se reproducen sobre el sistema social?

En este sentido, sin desdeñar en ningún momento las diferencias sustantivas que en materia de orientación y resultados han existido entre las políticas socioeconómicas vigentes durante las últimas décadas en el país, los diferentes capítulos de esa obra han buscado “llamar la atención” acerca de los límites estructurales que han encontrado dichas políticas para cumplir con sus promesas de progreso económico e integración social. Las diferentes partes responden a este objetivo, pero cada una recorta un aspecto particular de la reproducción social. Para ello, tal como se señaló en la Introducción, las tareas de investigación involucradas debieron conjugar diferentes dimensiones de estudio y perspectivas de análisis. Esto implicó la necesidad de desarrollar un conjunto de metodologías diversas capaces de reunir información estadística válida, confiable e históricamente comparable sobre el proceso de reproducción social como una unidad.²

Con el fin de completar estas reflexiones finales resulta relevante destacar los principales aportes plasmados en esta obra en clave a las preocupaciones arriba planteadas. Para ello, un breve recorrido en el segundo apartado por los niveles de análisis que ofrece cada una de las partes del Libro es un procedimiento apropiado para tal efecto. Pero no menos importante es poner en debate político, desde un campo teórico estructuralista, las derivaciones que en materia política para el desarrollo tienen los principales hallazgos de investigación alcanzados. En este sentido, en el tercer y último apartado se hace una revisión teórica crítica de los supuestos que están detrás de los programas económicos aplicados durante las últimas dos décadas en la Argentina; los cuales, además de constituir una referencia constante en la

2. Por ejemplo, para los niveles económicos más agregados, el trabajo con fuentes estadísticas de Cuentas Nacionales fue extenso y permitió conformar una visión integrada sobre los rasgos estructurales de la economía argentina y cómo ellos han ido operando a lo largo de las últimas décadas. Igualmente compleja fue la tarea de construir a partir de los datos de la Encuesta Permanente de Hogares (INDEC) información estadística fiable e históricamente comparable sobre los cambios ocurridos en la estratificación social, el mercado de trabajo, los ingresos, el bienestar y las estrategias familiares de vida. Asimismo, no menos arduos fueron los esfuerzos orientados a documentar el contenido y las principales consecuencias de las políticas públicas asociadas a las últimas décadas de historia socioeconómica.

agenda de las políticas públicas, fueron un objeto permanente de indagación por parte de los trabajos aquí reunidos.

2. Sobre los hallazgos de investigación: Principales análisis, resultados e inferencias que reúne la obra

El análisis comparado de los diferentes escenarios político-económicos y socio-ocupacionales vigentes en las últimas décadas en la Argentina constituye un valor agregado fundamental para entender la realidad actual, así como para esbozar los límites estructurales que parecen frustrar cualquier promesa de desarrollo. Esta preocupación invita a evaluar el modo en que los diferentes programas político-económicos se relacionaron con la matriz socio-productiva más estructural, generando efectos directos e indirectos sobre las condiciones de integración productiva, convergencia ocupacional, movilidad social y equidad distributiva. Esta es la principal preocupación que vincula a los capítulos que reúne este libro y en dicha clave es que se sugiere revisar sus resultados.

2.1. Economía política y acumulación en la Argentina

La primera de las líneas de investigación que ofrece este Libro –*Parte 1: Economía política y acumulación en la Argentina*– está orientada a dar cuenta del modo desigual, regresivo y desequilibrado en que el régimen de acumulación argentino condiciona la dinámica productiva, el comportamiento del mercado de trabajo y la reproducción social. Uno de los rasgos característicos de ese modelo de acumulación se expresa en el hecho de que la economía desarrolla una capacidad productiva menor a la de las condiciones sociales de producción. En la medida en que una parte de los capitales logran valorizarse de modo relativamente normal, el segmento capitalista de menor rendimiento se apropia de fuentes extraordinarias de renta o plusvalía como compensación de la menor productividad que desarrollan.³

3. Para un desarrollo teórico más amplio de esta tesis y de su evidencia histórica para el caso argentino, se sugiere consultar Kennedy y Graña (2008), Kennedy (2012) y Graña (2013). De estos trabajos se concluye que en el capitalismo argentino ocurre un proceso de “incrementos de productividad no transferidos a salarios”, a la vez que el rezago productivo de las empresas más atrasadas es compensado por una apropiación de la renta de la tierra, el endeudamiento externo y/o el pago de la fuerza de trabajo por debajo de su valor de reproducción.

Desde esta perspectiva, es posible reconocer fuentes alternativas y divergentes de apropiación del excedente distribuido. En nuestro país, según ese enfoque, se habrían sustituido la renta de la tierra por los mecanismos asociados con el endeudamiento externo o por mayores excedentes extraídos de la fuerza de trabajo. Siguiendo este enfoque se postula que a partir de mediados de los años setenta, frente a las transformaciones de la economía a escala global que significaron no sólo un distanciamiento de las condiciones sociales medias de producción sino también el ingreso al mercado mundial de países de muy bajos salarios que producían idénticos productos de baja complejidad, el requerimiento de compensaciones por parte de los capitales individuales no sólo persiste sino que aparece redoblado. En este marco, se identificaron tres fuentes que, en distintos momentos del tiempo, de modo exclusivo o simultáneo, han cumplido el papel estructural de compensar la baja productividad capitalista: la renta de la tierra (y, más actualmente, también la renta de la minería), el endeudamiento externo y la venta de la fuerza de trabajo por debajo de su valor.

En esta línea, es posible dar cuenta de la relación histórica entre tales fuentes de compensación y los ciclos económicos asociados a los distintos modelos de acumulación vigentes. En el marco del período de convertibilidad, dominado por las políticas neoliberales abiertamente anti-industriales (como la sobrevaluación y la apertura comercial unilateral y sin planificación), la productividad de la industria argentina acentuó su rezago con respecto al parámetro internacional. La modificación en los mecanismos de redistribución de la renta de la tierra —que continuó fluyendo al país— provocó que el sector industrial percibiera menos recursos y enfrentara muchísimos problemas. Al parecer, lo “novedoso” de la etapa no habría sido que frente a la caída de la renta agraria, la economía, y particularmente la industria, experimente recesión, sino el modo en que las limitaciones de otras fuentes de compensación —como la renta financiera— condujeron al deterioro de las condiciones de trabajo y la remuneración de los trabajadores.

De esta manera, en un marco de crecientes dificultades en la acumulación de capital del sector industrial, la caída de los salarios permitió a muchas empresas sobrevivir y continuar operando. Pero en otros casos, esta compensación no fue suficiente y la economía (y la industria) fueron reduciendo su tamaño. A su vez, en ese marco general de deterioro y de crecientes dificultades competitivas, el comportamiento de las empresas dependiendo de su tamaño fue diferente. Mientras las más grandes aprovecharon el debilitamiento de los trabajadores para apropiarse del aumento

de productividad (sin transferirlo a salarios) elevando su rentabilidad, en las más pequeñas –en el medio de marcadas dificultades competitivas– se deterioraron de manera absoluta las condiciones de empleo y salarios.

De esa manera, las nuevas condiciones macroeconómicas forzaron una creciente heterogeneidad en el mercado laboral. Los salarios industriales tendieron a diferenciarse crecientemente en función del tamaño de establecimiento, particularmente en los estratos más pequeños la caída fue pronunciada. En el mismo sentido, y en el marco de una creciente precarización de los trabajadores, también se amplificó la incidencia diferencial de los empleos de mala calidad en los establecimientos más pequeños. Frente a esta caída de los ingresos reales de los asalariados, en la calidad del empleo (otra forma de reducir los costos laborales) y de elevación de la desocupación, no podía haber otra consecuencia más que la multiplicación de la incidencia de la pobreza en la Argentina.

Asimismo, la crisis 2001-2002 implicó tanto una destrucción de capital y fuentes de empleo, como un deterioro muy marcado de las condiciones de vida de la población. Pero en este marco fue posible un notable incremento en la disponibilidad de compensaciones para las empresas. En efecto, la devaluación provocó un deterioro de las remuneraciones reales, así como una especial protección del mercado interno, de manera que se redujeron los costos de producción en relación al mercado mundial. En función de ese entramado de compensaciones y rezagos, la economía argentina dio un vuelco muy importante. El proceso de crecimiento económico iniciado hacia fines de 2002 fue extremadamente importante tanto en su magnitud y duración como en su capacidad de generar empleo, uno de las principales problemáticas heredadas de la convertibilidad.

En este marco, si bien el ciclo de crecimiento se inició gracias al fuerte deterioro experimentado por las remuneraciones reales, a la par que se verificaba un creciente flujo de renta de la tierra, la política pública fue instrumentando modificaciones importantes en el contexto laboral que junto a un crecimiento del empleo hicieron posible una recomposición salarial destacable, una fuerte expansión del mercado interno y una reducción significativa de la pobreza. En este contexto, las pequeñas empresas cobraron especial impulso, siendo las principales generadoras de empleo durante el período. En este marco, el aumento de la demanda agregada de empleo y de las remuneraciones durante la última década quedó atado, primero, a los bajos niveles iniciales y, luego, a la disponibilidad de una renta agraria creciente.

De ahí que, pasado este ímpetu inicial, la economía argentina no continuó de la misma manera. Las principales tendencias comenzaron a lentificarse y el crecimiento económico, afectado también por la crisis internacional de 2008-2009, comenzó a disminuir. En el mismo sentido, la creación de empleo redujo su ritmo, aunque las remuneraciones a los trabajadores protegidos siguieron creciendo. En este contexto, la estabilidad en el flujo de la renta de la tierra *vis a vis* el incremento de su necesidad (dada la ampliación de la brecha de productividad en términos internacionales), se manifestó en la reaparición de la restricción externa y en la necesidad de financiamiento y, sobre todo, en el nuevo deterioro del empleo y del salario real de los últimos años.

En este contexto, es evidente que la disponibilidad de excedentes compensadores tiene en la economía argentina un efecto directo sobre la reproducción social y los movimientos concretos del mercado laboral. El resultado es que la mayor disponibilidad agregada de fuentes de compensación, en términos generales, vigoriza el ciclo económico, a la par que la insuficiencia de las mismas se expresa en las complicaciones que presenta la economía de continuar por la senda del crecimiento. De tal forma que la posibilidad de un nuevo ciclo económico ascendente de la economía nacional parece estar atada a la posibilidad de disponer de fuentes extraordinarias de excedentes.

De esta manera, a pesar de ser la última etapa político-económica más próspera en general y para los asalariados en particular, en relación a otros períodos, el proceso de acumulación de capital no habría logrado remover sus limitantes estructurales, los cuales, como queda claro en la coyuntura reciente, siguen igualmente vigentes. La productividad promedio de la industria continúa creciendo por debajo de los estándares internacionales y su heterogeneidad interna se mantiene. Sin otras luces, la política económica estableció una forma específica de relación entre las fuentes de compensación, siendo esta relación la que explica tanto el período de expansión como el fracaso final del modelo. En este sentido, la necesidad de compensaciones no se ha reducido sino incrementado. En este contexto, el deterioro del salario real de los trabajadores, como fuente extraordinaria de plusvalía, ha pasado a constituirse —una vez más— en el principal compensador de un sistema productivo heterogéneo, desarticulado e ineficiente.

2.2. *Heterogeneidad ocupacional, segmentación y precariedad laboral*

La segunda línea de estudios que ofrece este Libro –*Parte 2: Heterogeneidad ocupacional, segmentación y precariedad laboral*– hace foco en el modo en que, en el actual contexto económico mundial, las limitaciones estructurales del régimen de acumulación argentino toman forma en términos de heterogeneidades productivas, segmentación ocupacional y precariedad laboral. Sin duda, durante las últimas décadas no han faltado en el país inversión de capitales ni tasas positivas de crecimiento y consumo. Han sido largos los momentos en donde se dispuso de abundante financiamiento interno o externo; también han sido reiterados los años recientes en donde el mercado mundial ha permitido multiplicar exportaciones con términos de intercambio favorables para casi toda la región; y tampoco faltaron períodos en donde los costos laborales internos se hicieron competitivos. En este contexto, cabe preguntarse por qué el crecimiento resulta insuficiente para superar exclusiones económicas, laborales y sociales.

La explicación toma forma en esta parte de la obra a partir de la noción de “heterogeneidad estructural” característica de los países latinoamericanos y que se cabría examinar en el caso argentino. En este caso, el acento está colocado en las brechas de productividad, oportunidades de empleo e ingresos laborales al interior de la economía nacional, así como en las escasas posibilidades de que las mismas puedan reducirse bajo un modelo de acumulación concentrado, especializado, crecientemente orientado al mercado externo, concentrado y altamente especializado como el argentino. En este sentido, se postula una tendencia de consolidación de las desigualdades sectoriales que se expresan en mercados de trabajo segmentados, calidades de inserción laboral distintas y, por tanto, con capacidades muy dispares de apropiación de ingresos. Esto, incluso, de manera relativamente independiente del régimen de compensaciones o la dinámica más o menos positiva del ciclo económico y/o de las políticas macroeconómicas asociadas.

De ahí que el estudio del caso nacional constituya un escenario relevante para descifrar el modo en que el funcionamiento de un modelo de acumulación ha tendido a generar desigualdades estructurales de manera relativamente independiente de la orientación pro “mercado externo” o pro “mercado interno” de las políticas económicas o, incluso, de los lineamientos más o menos generosos de las políticas sociales. La clave, nuevamente, se encuentra en que las condiciones estructurales de la economía argentina no

se han modificado ni en uno ni en otro momento, persistiendo un modelo de crecimiento organizado a través de un régimen heterogéneo y subordinado de acumulación y distribución de los recursos socio-productivos.⁴

Desde este enfoque teórico se postula que la dinámica de acumulación, durante las décadas neoliberales y, en especial, durante el período de convertibilidad, favoreció la concentración de recursos tecnológicos, naturales y humanos calificados a favor de los intereses de grandes corporaciones, enclaves productivos o de las unidades económicas más dinámicas. Esto atrajo importantes inversiones privadas y fomentó la modernización productiva, pero lejos de ocurrir el derrame esperado, el proceso dejó en el desempleo, la precariedad laboral y la informalidad económica a amplios contingentes de la fuerza de trabajo hasta ese momento incluida en los circuitos productivos más dinámicos y formales. La compensación devino por vía de los programas sociales, financiados por organismos multinacionales de crédito, o a través de los mercados informales de subsistencia, subsidiarios del aumento en el ingreso y el consumo que experimentaron los segmentos sociales insertos en los sectores formales. La tesis general es que dada la deficiencia estructural del régimen de acumulación argentino, este período habría implicado una profundización de la heterogeneidad al interior del sistema productivo, el mercado de trabajo y la estructura ocupacional, así como un incremento en la generación de excedentes absolutos de fuerza de trabajo. En ese contexto, a pesar de la estabilidad monetaria, crecieron la pobreza y la desigualdad de manera extraordinaria.

En contraste, luego del colapso político-financiero del modelo neoliberal, las políticas heterodoxas –asociadas a la devaluación, el control monetario y regulación del comercio exterior– del período inicial de posconvertibilidad generaron una rápida y generalizada recuperación económica, aumento de la demanda de empleo tanto en el sector formal como informal, una fuerte reducción de la precariedad laboral, importantes mejoras en los salarios reales medios y una importante expansión del consumo interno. Sin embargo, la evidencia es robusta en cuanto a mostrar que estas mejoras tuvieron un techo, incluso antes de que devinieran las consecuencias de la crisis internacional de 2008-2009. Al mismo tiempo que creció el empleo

4. Para un desarrollo teórico más amplio de esta tesis ver Salvia (2007) y Salvia (2012). El marco teórico central de ambos trabajos refiere a la necesidad de actualizar los estudios sobre el desarrollo capitalista dependiente, desigual y combinado en el contexto de la actual etapa histórica de globalización, así como sus efectos sobre la heterogeneidad estructural, la reproducción de excedentes absolutos de población y la matriz estructural de desigualdad social que dicho modelo genera.

regulado, aumentó la productividad laboral y subieron las remuneraciones reales en los sectores formales; creció el empleo no regulado, cayó la productividad laboral y aumentó la brecha de ingresos de los sectores informales con respecto a los formales. Esta ecuación, si bien habría permitido reducir el desempleo, la precariedad laboral, la pobreza y la desigualdad, no habrían logrado revertir de manera estructural –aunque sí moderar de manera coyuntural– las condiciones estructurales de heterogeneidad socio-laboral.

En materia de calidad de los puestos de trabajo, es posible identificar dos tendencias definidas, antes y después de la crisis del modelo de convertibilidad. En la primer atapa se observa un progresivo incremento del segmento no regulado del empleo. Dicho incremento fue más agudo al interior del sector microempresario que en el sector formal, aunque también fue importante en el sector público, que implementó nuevas modalidades precarias de empleo. Al interior del sector microempresario se pudo verificar el sostenido deterioro de las posiciones no asalariadas durante todo el período. Por su parte, si bien el período de posconvertibilidad se inició con un incremento del segmento no regulado de empleo, este luego se redujo hasta alcanzar un valor apenas por encima del registrado a comienzos del período neoliberal. No obstante, la comparación de ambas etapas permite señalar, por un lado, el estancamiento de las posiciones asalariadas y la profundización del deterioro de las posiciones no asalariadas; y, por otro lado, la mayor correspondencia entre los segmentos de empleo y el sector ocupacional, como resultado de la tendencia de la heterogeneidad estructural a segmentar las relaciones de mercado.

En cuanto a la evolución de las remuneraciones, durante el período de apertura económica y sobrevaluación cambiaria se observa un progresivo distanciamiento entre los sectores que integran la estructura ocupacional. Los ingresos percibidos por los ocupados del sector privado dinámico se mantuvieron por encima del promedio de la economía, y si bien la brecha sectorial creció en todas las categorías ocupacionales, se incrementó, sobre todo, entre los no asalariados y especialmente en los del segmento regulado. El sector público incrementó significativamente su distancia respecto de los ingresos promedios, especialmente en el segmento regulado del empleo. El sector microempresario informal también se distanció del ingreso medio, pero como resultado de un deterioro relativo de dicho sector, como resultado seguramente de su mayor dificultad para afrontar la apertura económica. En cambio, bajo las políticas heterodoxas de la posconvertibilidad, la brecha respecto del ingreso laboral promedio de la economía fue reduciéndose, como

efecto principalmente de lo ocurrido en el segmento no regulado y entre los no asalariados. El sector público, por su parte, mantuvo su posición durante todo el período, casi sin modificaciones, mientras que el sector microempresario, por su lado, también mantuvo la brecha respecto del ingreso promedio exhibiendo un deterioro del segmento regulado del empleo, especialmente entre las posiciones no asalariadas. Si se considera el conjunto del período, puede señalarse que el crecimiento económico con reducción del desempleo verificado durante la etapa posconvertibilidad no sólo no redujo sino que incluso aumentó las brechas entre los sectores ocupacionales.

De esta manera se pudo observar que a pesar de la situación socioeconómica más favorable durante la última década, los sectores “modernos” –privado formal y público– continuaron consolidándose como sectores privilegiados; en tanto que como parte del mismo proceso se mantiene cuando no crece una importante estructura económico-ocupacional que depende de actividades informales de muy baja productividad cuyos factores de producción no logran ser absorbidos ni atraídos por los componentes más dinámicos del sistema. En este sentido, cabe desprender que el propio crecimiento económico del sector moderno parece consolidar de manera “pro-cíclica” la reproducción de un segmento informal de baja productividad, asociado a condiciones de marginalidad y/o precariedad laboral. Sólo así parece explicarse la reproducción de una matriz de marginalidad socioeconómica fundada en diferenciales crecientes de productividad laboral y reproducción de excedentes absolutos de población. Esta tesis se analiza a lo largo de los capítulos presentados en esta parte de la obra haciendo particular referencia a las desigualdades persistentes en materia de empleo, precariedad e ingreso laboral entre diferentes sectores económico-ocupacionales, segmentos asalariados y grupos de trabajadores según su formación técnico-educativa.

2.3. Estructura de clase, movilidad social y fuentes de bienestar

La tercera de las líneas de investigación integradas a este Libro –*Parte 3: Estructura de clase, movilidad social y fuentes de bienestar*– aborda los cambios ocurridos en las últimas décadas de la Argentina en materia de estratificación socio-ocupacional, movilidad intergeneracional, distribución del ingreso social y estrategia de bienestar de los hogares. En este caso, la categoría de clases ocupacionales o estratos socioeconómicos asumen un papel teórico-metodológico capaz de modelar los procesos de desigualación social en clave con la naturaleza heterogénea y el funcionamiento segmentado de la

estructura productiva y los mercados de trabajos urbanos. En este sentido, esta perspectiva pone en el centro del análisis en el modo en que –en un contexto económico-ocupacional desigual– los hogares y la fuerza de trabajo se insertan en las relaciones sociales de clase, aprovecha recursos u oportunidades de mercado y participa en la distribución de ingresos y recursos sociales e interviene de manera activa en los procesos de movilidad social.

En este marco, el estudio de los cambios ocurridos en la estratificación de clase, la movilidad social y la desigualdad distributiva durante las últimas décadas hacen evidente la presencia de procesos claramente regresivos generados a partir del programa de convertibilidad, así como de claroscuros en el contexto de los límites estructurales no resueltos vigentes durante el período de posconvertibilidad. En términos generales esta tendencias se hacen particularmente visibles al comparar los procesos de estratificación, movilidad social y distribución del ingreso entre el período de reformas estructurales neoliberales y la actual etapa de políticas heterodoxas. Al respecto todos los indicadores resultan coincidentes en cuanto que a lo largo de las últimas dos décadas no parece activarse un modelo abierto de movilidad social, sino que, por el contrario, parece cristalizarse un régimen de estratificación más rígido. Las probabilidades de ascender a las posiciones medias y medias superiores disminuyeron para los sectores más rezagados. Las clases medias altas redujeron su riesgo de descenso social, al mismo tiempo que disminuyeron las probabilidades de ascenso de la clase media tradicional. En este marco, la mayor brecha social al interior de la clase media y entre la base y el vértice de la estratificación social parece dar cuenta de una estructura social muy diferente a una sociedad en desarrollo.⁵

En este marco, cabe destacar un conjunto de hallazgos por demás relevantes. En primer lugar, es robusta la evidencia que da cuenta de la manera en que la estructura social ha estado estructuralmente asociada al modo segmentado en que los mercados asignan las recompensas económicas, delimitando de ese modo el comportamiento estructural de la desigualdad económica. Para ello, por una parte, se analizó la relación entre clases sociales, desigualdades sectoriales y distribución del ingreso, tomando como referencia los ingresos totales de los ocupados. Para realizar este ejercicio se

5. Por lo mismo, se agrandó la brecha entre orígenes de clase al interior de la clase media. Los estudios propios al respecto muestran que si bien ha habido más movilidad social, la clase media también se ha segmentado y las posiciones menos aventajadas según el origen van “quedando más lejos” de las posiciones mejor ubicadas en la estructura social (Pla y Salvia, 2011; Pla, 2012; Quartulli y Salvia, 2012).

aplicó un clasificador de clases, principalmente ocupacional, que contempla la configuración de una matriz económico-ocupacional heterogénea. Esta evidencia adquirió especial sentido al comparar períodos que se caracterizaron por políticas económicas muy distintas. El resultado fue una estructura socio-ocupacional que tiende a replicarse a lo largo de las últimas dos décadas, existiendo una matriz de clase que no se modifica sustancialmente. A la vez que si bien durante la última década todos los sectores parecen haber recuperado o mejorado sus ingresos, no fue el caso de los trabajadores marginales no calificados, los cuales reproducirían su exclusión estructural

En segundo lugar, entre el período de reformas estructurales y el período posconvertibilidad, las tasas absolutas de movilidad social disminuyeron, es decir que menos personas ocuparon una posición de clase diferenciada a la que tenía su hogar de origen; en particular se detectó una fuerte tendencia a la reproducción de la clase trabajadora de mayor calificación. En términos de movilidad absoluta la clase media de menor calificación fue una especie de “distribuidora” de posiciones, hacia las clases medias más altas y en menor proporción a la clase trabajadora, pero además la clase media de rutina perdió su *status*, en términos de las recompensas recibidas. Por otro lado, en los extremos de la estructura social, es decir entre las posiciones mejor ubicadas y las posicionados en lo más bajo de la misma, se observa una tendencia a que el reclutamiento de las posiciones más ventajosas y más desacomodadas se dé entre las mismas clases o entre clases aledañas, tendencia que se hace más fuerte hacia fines de la década de dos mil, en particular una mayor reproducción de la clase trabajadora calificada. Esta primera mirada permitiría sintetizar que las hipótesis tradicionales de movilidad social, de zona de contención y de cierre social o barrera de clase, podrían estar reflejando cada vez de mejor manera la estructura de clases de la sociedad urbana en la Argentina.

Por último, la evidencia presentada muestra los disímiles efectos generados por las políticas neoliberales y heterodoxas. En primera instancia, se observa que aún en la etapa de expansión del período de convertibilidad los hogares de los estratos socioeconómicos de menores recursos se vieron perjudicados por la disminución de los ingresos por perceptor y por la imposibilidad de compensar esta caída generando nuevos perceptores. La privatización y el ordenamiento de las empresas públicas, la apertura indiscriminada de importaciones y la destrucción de fuentes de trabajo aumentaron la desocupación y constituyeron al salario en una variable de ajuste para reducir los costos de producción. Posteriormente, en la fase recesiva

de la convertibilidad disminuyó el ingreso por perceptor a nivel general y de manera más marcada en los sectores más pobres. En el período posconvertibilidad los principales factores que mejoraron los ingresos familiares fueron el incremento del ingreso medio de los perceptores y, en segunda instancia, el aumento en el número de perceptores. Sin embargo, los efectos en materia de bienestar tuvieron alcances limitados para los sectores más pobres: las mejoras de mercado lograron ser relativamente efectivas para estos hogares gracias sobre todo a un mayor esfuerzo económico; sea a través de subempleos precarios o programas sociales de transferencia de ingresos. En este marco, el nivel de bienestar real de los hogares, al final de período de posconvertibilidad, presenta valores por debajo de los ya frágiles niveles que se registraban al principio de la década del noventa. Al mismo tiempo que las fuentes que lo generan continúan reproduciendo desigualdades estructurales al interior de la estratificación social.

3. La crítica estructuralista a los programas económicos “neoliberal” y “heterodoxos” de las últimas décadas.

La superación de los problemas estructurales asociados a la pobreza, la marginalidad y la desigualdad continúa siendo objeto de interés político y académico en América Latina como y en otras regiones del mundo. Distintos grupo de intereses, regímenes políticos, programas económicos y agencias internacionales promueven el debate o ensayan medidas orientadas a hacer efectivo un modelo de desarrollo sustentable. En este sentido, los problemas abordados en esta obra tienen al menos un alcance regional, sin embargo, presentan en la Argentina una especial relevancia político-institucional: durante las últimas décadas, dos programas económicos opuestos y en pugna han puesto en acción —y no sólo en discurso— la vocación política de superar los problemas del subdesarrollo inspirados en marcos programáticos muy diferentes (Lindenboim, 2008; Salvia, 2012).

En efecto, en la historia argentina reciente confluyen tanto las reformas estructurales y las políticas “neoliberales” de los años noventa como, luego de la crisis financiera de 2001-2002, una nueva generación de políticas “heterodoxas” orientadas a fortalecer la intervención del Estado y ampliar el mercado interno. Ambos programas se asumen incompatibles y se han declarado en pugna. Sin embargo, en la medida que estos esfuerzos —ni unos ni otros— han logrado los resultados esperados, el horizonte del

desarrollo parece un ideario incumplido que requiere de explicación, antes que denuncias. En este marco, se hizo relevante estudiar –desde diferentes perspectivas teórico-disciplinarias y líneas de investigación– los eventuales cambios ocurridos en las condiciones estructurales de funcionamiento del sistema económico, la distribución sectorial del empleo, la segmentación del mercado laboral, la precariedad laboral, los niveles y brechas de ingresos, la estratificación de clase, la movilidad social, y, de manera particular, el efecto de las diferentes programas político-económicos sobre el ideario de integración social.

En los tres esquemas de análisis planteados en esa obra, los datos revelaron que la falta de convergencia social –atravesada por desigualdades que operan a nivel productivo, socioeconómico y del mercado laboral– parece tener como un organizador subyacente una serie de estructuras preexistentes a los propios programas político-económicos; aunque sus intervenciones no dejaron de constituirse en un agravante más de los procesos de desigualación socioeconómica. Al respecto, cabe dejar asentado que estas condiciones se mantuvieron vigentes –aunque con diferente magnitud y consecuencias sociales– tanto bajo la vigencia del programa de las políticas neoliberales –en la etapa de convertibilidad–, como bajo el programa de las políticas heterodoxas –en la etapa denominada de posconvertibilidad–.

En términos generales, las condiciones estructurales de exclusión social han sido más sensibles al alza en un contexto de libre mercado; mientras que han resistido fuertemente a la suba en un contexto de mercado regulado. Sin embargo, al mismo tiempo, uno u otro modelo se han mostrado poco elásticos a la baja estructural de tales condiciones, incluso en contexto de crecimiento económico. Es a partir de esta dinámica que resulta necesario brindar una explicación que haga inteligible la naturaleza de esta imposibilidad. Para ello se introduce aquí una explicación fundamentada en la teoría “estructuralista latinoamericana”, la cual subyace como marco interpretativo en buena parte de los trabajos reunidos en esta obra; y que, a juicio de este autor –pero no necesariamente del conjunto–, ofrece una respuesta amplia y pertinente sobre los fracasos experimentados por los programas político-económicos en pugna durante las últimas décadas en la Argentina.

El enfoque estructuralista latinoamericano que nace en el seno de la CEPAL en la década del cincuenta, avanzó en identificar los mecanismos por los que las desigualdades en materia de productividad e ingresos persisten o se amplían en el tiempo, tanto entre países a escala internacional como al interior de las economías rezagadas. En este marco, Prebisch (1949, 1976)

y Singer (1950) destacaron la heterogeneidad del modelo de crecimiento en América Latina, subrayando la existencia de un sector de alta productividad, fuertemente vinculado al mercado exterior, y otras actividades de muy baja productividad, vinculadas al mercado interno o a la simple subsistencia.⁶ La falta de encadenamientos productivos con la actividad económica nacional impide que los beneficios de las innovaciones e inversiones en los sectores más dinámicos se difundan al resto del sistema productivo. La desigual distribución del ingreso en un país sería un reflejo de estas condiciones. De acuerdo con este enfoque, las actividades de subsistencia tienden a perdurar dado que ocupan una amplia oferta de mano de obra redundante, frente a las cuales las condiciones de desarrollo periférico no brindan solución (Prebisch, 1970:69-70). Esta tesis fue profundizada por Aníbal Pinto con el fin de destacar los efectos regresivos de la concentración del progreso técnico sobre la integración productiva, los mercados de trabajo y, por ende, sobre la capacidad de integrar al desarrollo a los excedentes de población (Pinto, 1976:33).⁷

Estas nociones teóricas se formularon con un claro sentido crítico a las teorías neoclásicas y desarrollistas cuyos diagnósticos y programas económicos parecían desconocer las condiciones de dependencia y las contradicciones sociales internas con las que cargaba la región. Para los economistas neoclásicos, el subdesarrollo era la expresión de un sistema dual, con niveles de productividades divergentes, en donde confluían economías “agrícolas o tradicionales”, por una parte, y economías “no agrícolas-industriales o modernas”, por la otra (Ranis, 1988). Para la interpretación desarrollista, la dicotomía se presenta entre un sector “capitalista” y un sector atrasado de “subsistencia” (Lewis, 1954). En ambos casos, la superación del subdesarrollo en un modelo simple de economía “cerrada” requiere disolver o asimilar las formas tradicionales o de subsistencia, transformándolas en economías

6. Este enfoque reconoce la existencia de tres sectores al interior de una economía en proceso de industrialización: uno capitalista formado por un sector de enclave altamente productivo vinculado al mercado mundial, un sector capitalista intermedio orientado al mercado interno y un amplio sector informal de subsistencia de muy baja productividad (Prebisch, 1949; Pinto, 1970a y 1970b).

7. Teniendo como referencia la propia región, Pinto (1970a, 1970b y 1976), sostuvo que la heterogeneidad estructural tiene su origen en los enclaves económicos. Los países mostraban un alto grado de especialización y que estaban orientados al mercado externo (explotaciones mineras y economía de plantación) tendían a presentar mayor heterogeneidad estructural que aquellas economías cuyos aparatos productivos estaban orientados tanto al mercado interno como al externo. Además, en los países de América Latina donde había un Estado más o menos independiente había mayores posibilidades de transferir el dinamismo del sector externo al interno y, en consecuencia, mitigar la tendencia hacia la mayor dispersión de los ingresos.

modernas o poniendo al servicio de los sectores más dinámicos los recursos productivos disponibles (fuerza de trabajo y recursos naturales), subutilizados por el sector tradicional o de subsistencia.

Pero estas propuestas de políticas para el desarrollo cambian cuando se asume como supuesto un modelo de economía “abierta” (Hernández Laos, 2009; Salvia, 2012). Para los tres enfoques los efectos de la apertura adquieren sentido en el marco de una prospectiva hacia la convergencia en términos de crecimiento, ocupación de los excedentes de población y redistribución del ingreso.

Según el enfoque neoclásico, para que una economía dual que participa de un mercado mundial logre un proceso exitoso de convergencia se requiere emprender la ruta exportadora antes de agotar la etapa de sustitución de importaciones. En ese caso y apoyado en las predicciones de la teoría del comercio internacional de Heckscher-Ohlin, el país debe especializarse en la producción de bienes primarios con ventajas competitivas, lo que acrecentará la demanda de trabajo en el sector exportador y tenderá a acrecentar los salarios reales de los trabajadores de menor calificación relativa. Esto a su vez permitiría que se profundice el proceso de capitalización y absorción de fuerza de trabajo en el sector moderno industrial. Así, el crecimiento del sector exportador impulsará la eliminación del dualismo interno y la integración de la economía en un desarrollo integrado. Dado que la mayoría de los países en vías de desarrollo poseen mano de obra no calificada en abundancia, lo que constituye un factor de la producción bajo su control, es de esperar que la apertura del mercado amplíe la demanda de empleo de este sector, y, por lo tanto, aumente el bienestar de los sectores pobres. De esta manera, la apertura al comercio exterior de los países atrasados debería provocar mejora en los salarios de menor calificación y una disminución de la desigualdad en la distribución del ingreso.

Para el modelo desarrollista de Lewis, la economía subdesarrollada debería emprender la apertura externa con el objeto de mantener bajos los salarios reales y fomentar la inversión por medio de dos expedientes: a) la migración de mano de obra y/o b) el movimiento de capitales. El primer expediente fue ampliamente utilizado por los países ahora desarrollados en la primera ola de la globalización. El segundo expediente lo constituye la exportación de capital de economías centrales a terceros países con mayor abundancia de mano de obra. En ese caso, lo usual es que el país exportador de capital invierta en un país con excedente de mano de obra con el objeto de producir bienes con mano de obra barata, que posteriormente importará

para su uso y consumo. Por su parte, el país receptor de la inversión externa gana una fuente adicional de ocupación y de impuestos, a la vez que amplía su mercado interno, siendo de este modo posible un proceso convergente en materia de empleo y distribución del ingreso; dependiendo esto sobre todo cuán dinámico sea el movimiento de capitales, abundante la mano de obra disponible y atractivos los costos laborales de las economías emergentes.

En sentido crítico a estas predicciones –cuyos vínculos teóricos con los programas político–económicos no son casuales–, el enfoque estructuralista sostiene que en el contexto de una economía heterogénea que se abre al mercado mundial, el sistema económico puede experimentar un aumento de la inversión de capital pero también de la oferta excedente de fuerza de trabajo, dado la poco significativa demanda laboral que generan los sectores más dinámicos de la economía. Según este enfoque, los modelos de acumulación liderados por un sector capitalista concentrado multinacional –en términos de capital físico, progreso técnico, recursos naturales y capital humano– tiende a impedir que los frutos del crecimiento se difundan sobre el resto de la economía creando así una barrera para que el país aproveche las ventajas comparativas a través del aumento en las remuneraciones y del empleo en el sector más productivo.

El aumento de los diferenciales de productividad asociado al crecimiento de un sector exportador, tendería a facilitar la concentración económica a favor de corporaciones y capitales externos, los cuales tienden a controlar las innovaciones tecnológicas que demandan los mercados de los países centrales. Estos agentes subsumen –vía conectividad o tercerización– una parte reducida de los segmentos productivos/laborales, excluyendo a los sectores intermedios y de subsistencia. A su vez la apertura se traduce en mayores excedentes de población obligados a realizar actividades refugio de muy baja productividad, altamente intensivas en el uso de fuerza de trabajo pero de muy baja remuneración. Asimismo, la apertura hacia el exterior tiende a provocar una caída en los ingresos de los sectores tradicionales incapaces de enfrentar la competencia internacional, a la vez que tiene lugar un aumento en la productividad en los sectores modernos vinculados al mercado internacional y que tienen los más altos niveles de ingreso. En consecuencia, se desencadenan procesos que presionan hacia una mayor desigualdad en la distribución del ingreso. De esta manera, a mayor especialización exportadora, mayores excedentes de población, mayor desigualdad y mayor segmentación en el funcionamiento de los mercados de trabajo.

Aunque divergentes en sus planteos, las dos primeras tesis tienen un corolario optimista: en un contexto de economía “abierta”, si un país logra crecer lo suficiente, puede llegar a un “estadio” de desarrollo en el que no sólo comience a descender la pobreza sino también la desigualdad. Ante este pronóstico, se hace innecesaria –e, incluso, contraproducente– toda medida distributiva, siendo prioritario el crecimiento económico. De tal manera que en las regiones más pobres el precio de redistribuir sería obstaculizar el libre flujo de capitales y por lo tanto no llegar al punto de giro a partir del cual empieza el desarrollo. En cambio, desde la perspectiva estructuralista, sin cambios estructurales, el pronóstico es negativo: no hay posibilidad de que el crecimiento converja en desarrollo en un contexto de libre mercado. Dados los muy bajos niveles de capitalización y tecnología que logran los sectores intermedios, se retrasa la tasa de crecimiento en los niveles medios de productividad, pudiendo convertirse en negativa durante largos periodos. Al ser la productividad un factor determinante del crecimiento económico, una mayor dispersión de ésta, aunada a la modalidad más concentrada del proceso de acumulación, tenderá inevitablemente a traducirse en tasas de crecimiento económico interno poco dinámico en el mediano o largo plazo. Por último, el precario crecimiento económico, aunado a los patrones distributivos descritos, tiene efectos desfavorables aumentando –o manteniendo elevados– los indicadores de pobreza y marginación económica.

De este modo, el concepto heterogeneidad estructural alude a la dispersión del desarrollo tecnológico en las economías periféricas que conlleva un amplio abanico de la productividad y por tanto a una desigual distribución del ingreso. Este argumento conlleva como conclusión que, de persistir la concentración económica y la especialización productiva –explotando las ventajas comparativas–, los países periféricos caerán casi ineludiblemente –más allá de ciertas coyunturas favorables– en una trampa de subdesarrollo con altos niveles de marginalidad y desigualdad económica. La constitución y reproducción de una matriz social no integrada de manera sistémica,⁸ constituye una consecuencia directa de este proceso.

8. Esta contradicción fue planteada por Nun y el equipo de investigación a su cargo (1969:136-137), cuando en su clásica teoría de la masa marginal –retomando la diferenciación realizada por Lockwood (1964)– planteó que la “masa marginal” –en contraste con el ejército industrial de reserva clásico– era una manifestación del bajo grado de “integración sistémica” que generaba el desarrollo capitalista desigual y dependiente en su fase monopólica. El concepto permite también fundar una crítica hacia aquellas políticas públicas que se centran en los problemas de “integración social” perdiendo de vista las contradicciones de un régimen de acumulación que genera excedentes de población y se manifiesta en un empobrecimiento persistente de dichos sectores.

Los hechos que llevarían a este resultado pueden ser estilizados del siguiente modo: a) expansión de un sector capitalista altamente concentrado, intensivo en capital, recursos naturales o mano de obra calificada, vinculado a actividades de exportación, industriales y de servicios que funciona con niveles de productividad semejantes al promedio de las economías más desarrolladas y con altas remuneraciones; b) retracción del sector moderno de productividad media que hace uso intensivo de mano de obra poco calificada, en donde las unidades productivas deben para sobrevivir estrechar su subordinación al sector más concentrado o, en su defecto, resistir en nichos rezagados orientados al mercado interno; y c) por último, crecimiento o estancamiento de un sector de subsistencia de baja o nula productividad, que hace uso intensivo de mano de obra no calificada o de tipo familiar, con bajos ingresos, orientado a mercados marginales y a la propia subsistencia.

De ahí que cualquier diagnóstico que pretenda objetivar las causas del subdesarrollo económico argentino no pueda dejar de tomar en consideración la economía política que organiza el proceso de acumulación, y, en ese marco, dar cuenta del modo en que el crecimiento –interno o externo– impulsado por grupos económicos concentrados reproduce exclusiones sociales, precariedades laborales y desigualdades económicas, alejando toda posibilidad de convergencia. Por lo mismo, en tanto que los diferentes programas político–económicos en pugna durante las últimas dos décadas, calificados como “pro-mercado” y “pro-estado”, parecen haber hecho caso omiso a estas consideraciones, el fracaso de sus objetivos en materia de desarrollo e integración social constituye una consecuencia inevitable.

Por otra parte, si bien las políticas económicas, laborales y sociales han sido y pueden llegar a ser factores activos en materia de promoción del consumo, el empleo, las remuneraciones y/o la asistencia social, cabe no confundir las estrategias orientadas a garantizar la estabilidad y/o legitimidad de un régimen político, con las condiciones estructurales que las hacen necesarias e, incluso, pueden hacerlas inocuas, dependiendo del grado de heterogeneidad estructural que es capaz de autogenerar un modelo concentrado de acumulación y reproducción social. Ello sobre todo debido, en el caso argentino, a la persistente vigencia de un modelo de acumulación heterogéneo –en el sentido estructuralista– con estrecha dependencia del mercado mundial, el cual parece continuar alimentando procesos de concentración, al mismo tiempo que promueve y fomenta la reproducción de mercados y prácticas informales de subsistencia, junto a un amplio arsenal de

programas sociales dirigidos a mantener la cohesión social de los excedentes de población que dicho régimen genera.⁹

Es ante estas evidencias que cabe exponer la inconsistencia tanto empírica como teórica de aquellos argumentos que se aferran en sostener que bajo el modelo heterodoxo de la posconvertibilidad tuvo lugar un cambio cualitativo en el régimen de desarrollo. En particular, no porque no haya evidencias que muestren mejoras en materia socioeconómica durante los últimos años (aumento del nivel de empleo, reducción del desempleo y caída de las tasas de pobreza e indigencia), sino porque el núcleo duro de desarticulación productiva, marginalidad económica y desigualdad social sigue inalterado. Es por ello que, sin desconocer las mejoras socioeconómicas de la última década, cabe sostener la tesis según la cual los problemas del subdesarrollo no constituyen una función de las políticas de liberalización comercial o de compensación económica sino del modo en que se diagnostica, enfrenta y resuelve la reproducción ampliada de un modelo de acumulación dependiente, desigual y combinado generador de excedentes absolutos de población.

Bibliografía

- Bagú, S.: *Tiempo, realidad social y conocimiento*, México D.F., Siglo XXI Editores, 1970.
- Graña, J. M.: “Las condiciones productivas de las empresas como causa de la evolución de las condiciones de empleo. La Industria Manufacturera en Argentina desde mediados del siglo pasado” Tesis de Doctorado, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Económicas, 2013.
- Graña, J. M. y Kennedy, D.: “Empobreciendo a los trabajadores, empobreciendo la acumulación. Producción, distribución y utilización de la riqueza social”, en Lindenboim, J. (comp.), *Trabajo, ingresos y políticas en Argentina. Contribuciones para pensar el siglo XXI*, Buenos Aires, Eudeba, 2008.

9. Estas observaciones resultan consistentes con no pocas investigaciones fundadas en estudios de caso que dan cuenta de la emergencia de formas de subsistencia que funcionan suficientemente integradas a economías de la marginalidad, así como a redes político-institucionales de contención y control social (clientelismo político, organizaciones sociales, fundaciones y empresas impulsoras de proyectos comunitarios, etc.). Véase, por ejemplo, Gutiérrez (2004), además de los trabajos compilados en Mallimaci y Salvia (2005) y en Salvia y Chávez (2007).

- Gutiérrez, A.: *Pobre: Como siempre... Estrategias de Reproducción social en la pobreza*, Córdoba, Edit. Ferreyra, 2004.
- Hernández Laoz, E.: *Mercado laboral, desigualdad y pobreza en América Latina*, México D.F., Porrúa, 2005.
- Kennedy, D.: "Economía política de la contabilidad social. Vínculos entre la teoría de la riqueza social y sus formas de cuantificación", Tesis de Doctorado, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Económicas, 2012.
- Lewis, W. A.: "Economic Development with Unlimited Supplies of Labour", en *School of Economic and Social Sciences* 22, Nº 2, Manchester, 1954, pp. 139-191.
- Lindenboim, J.: "La pobreza, una tensión social más allá de la Metrópolis", en Ainstein, L. (comp.), *Estructuración urbana, institucionalidad y sustentabilidad de ciudades metropolitanas y regiones difusas*, Buenos Aires, Eudeba, 2012.
- Lockwood, D.: "Social Integration and System Integration", en Zollschan, G. y Hirsch, W. (eds.), *Explorations in Social Change*, Boston, Houghton Mifflin, 1964.
- Nun, J.: "Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal", en *Revista Latinoamericana de Sociología*, Buenos Aires, 1969.
- Marginalidad y Exclusión Social*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.
- Pinto A.: "Concentración del progreso técnico y de sus frutos en el desarrollo latinoamericano", en *América Latina. Ensayos de interpretación económica*, Lima, Editorial Universitaria, 1969.
- "Notas sobre la naturaleza e implicaciones de la heterogeneidad estructural de América Latina", en *Dos polémicas sobre el desarrollo de América Latina*, Santiago de Chile, ILPES, 1970a.
- Transformación y desarrollo: la gran tarea de América Latina*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1970b.
- Pla, J.: "Continuidades, cambios y rupturas en los procesos dinámicos de estratificación social. Región Metropolitana Buenos Aires. 1995-2007", II Jornadas de Sociología de la AMS, Asociación Madrileña de Sociología - Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2012.
- Pla, J. y Salvia, A.: "Movilidad económico ocupacional y desigualdad económica después de las reformas estructurales (2007-2008)", en *Deudas sociales en la Argentina Posreformas*, Buenos Aires, Biblos, 2011.

- Prebisch, R.: “El desarrollo económico en América Latina y algunos de sus principales problemas”, E.CN 12/89, Santiago de Chile, Naciones Unidas, 1949.
- *Transformación y desarrollo: la gran tarea de América Latina*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1970.
- Ranis, G.: “Analytics of Development: Dualism”, en Chenery, H. y Srinivasan, T. N. (eds.), *Handbook of Development Economics*, Vol. 1, Elsevier, Science Publishers, 1988, pp. 74-92.
- Salvia, A.: “Introducción”, en Salvia, A. y Chávez Molina (comps.), *Sombras de una marginalidad fragmentada. Aproximaciones a la metamorfosis de los sectores populares de la Argentina*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2007.
- *La Trampa Neoliberal*, Buenos Aires, Eudeba, 2012.
- Salvia, A. y Mallimacci, F. (coord.): *Los nuevos rostros de la marginalidad. La supervivencia de los desplazados*, Buenos Aires, Biblos, 2005.
- Salvia, A. y Vera, J.: “Cambios en la estructura ocupacional y en el mercado de trabajo durante fases de distintas reglas macroeconómicas (1992-2010)”, en *Revista Estudios del Trabajo*, ASET, N°41/42, 2011.
- “Heterogeneidad estructural y distribución de los ingresos familiares en el Gran Buenos Aires (1992-2010)”, en *Desarrollo Económico*, 52 (208), 2013, pp. 427-462.
- Singer, H. W.: “The distribution of gains between investing and borrowing countries”, en *The American Economic Review*, Vol. 40, N° 2, Nashville, American Economic Association, 1950.
- Quartulli, D. y Salvia, A.: “La movilidad y la estratificación socio-ocupacional en la Argentina. Un análisis de las desigualdades de origen”, en *Entramados y perspectivas, Revista de la Carrera de Sociología*, Vol. 2, N° 2, enero-junio 2012, pp. 15-42.